

# APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO

SAN JOSE DE COSTA RICA

No. 9

10 DE FEBRERO DE 1944

Trozos de la obra:

## El Mundo de Ayer

de STEFAN SWEIG

(Selección de e. j. r.)

### PARÍS, LA CIUDAD DE LA ETERNA JUVENTUD

Yo mismo me había prometido el regalo de París para el primer año de la libertad conquistada. No conocía esa ciudad inagotable sino superficialmente, a raíz de dos visitas anteriores, y sabía que quienquiera que de joven la haya habitado un año, conserva a través de toda su vida un incomparable recuerdo de felicidad. En ninguna parte la propia juventud aparecía a los sentidos despiertos tan idéntica al ambiente como en esa ciudad que se brinda a cualquiera y que nadie, sin embargo, sondea totalmente.

Sé muy bien que ese París de mi juventud, bien-

aventuradamente alado y que daba alas, ya no existe; quizás no le será devuelta nunca más esa maravillosa confianza, desde que la mano más dura de la Tierra le imprimió con altiva violencia el estigma de hierro. Precisamente cuando yo comenzaba a escribir estas páginas, los ejércitos alemanes, con sus tanques germanos, avanzaban como grisácea masa de termitas, para destruir de raíz lo divinamente cromático, lo dichosamente jovial, la gracia y la flor inmarcesible de aquella creación. Ahora el hecho está consumado: la bandera de la cruz swástica ondea en la torre Eiffel, las negras tropas de asalto desfilan arrogantes por los Campos Elíseos de Napoleón, y desde la distancia siento—y comparto—el dolor de los bonachones burgueses de otrora que en sus casas miran humillados, con el corazón estrujado y dolorido, cómo las botas de los conquistadores huellan sus paseos, sus parques y sus cafés. Ninguna desgracia me ha confundido, conmovido y desesperado jamás tanto como la de esta ciudad, que tenía como ninguna otra el don de dar felicidad a todo el que se le acercaba, y que hoy yace ultrajada por la fuerza bruta. ¿Podrá volver otra vez a dar a una generación futura lo que nos brindó a nosotros: la enseñanza más sabia, el ejemplo más maravilloso de cómo se puede ser a un tiempo mismo libre y creador, y estar siempre a disposición de todos, y beneficiarse continuamente con tan hermosa prodigalidad?

¡Oh, ya sé, ya sé, que no es sólo París la que hoy sufre; el resto de Europa tampoco volverá a ser,

durante decenios, lo que fue antes de la primera guerra mundial! Esa especie de niebla sombría no se disipó nunca por completo del otrora radiante horizonte de Europa. La amargura y la desconfianza de país a país, de hombre a hombre, se han anidado como un veneno devorador en el cuerpo mutilado. Pese a todos los progresos en materia social y técnica, de ese cuarto de siglo entre una guerra mundial y la otra, no hay, en lo privado, ninguna nación de este pequeño mundo del Occidente que no haya perdido una parte inmensa de su anterior alegría de vivir. Habría que describir—y sería tarea para días enteros—cuán confiados, cuán infantilmente alegres eran los italianos, aun en la pobreza más amarga, cómo reían y cantaban en sus vinerías y se burlaban ingeniosamente de su mal *governo*, mientras que ahora deben marcar el paso, sombríos, con la barbilla erguida por fuerza y el alma en desazón. ¿Es posible imaginarse todavía una Austria tan despreocupada y disoluta en su bondad, tan piadosa y sinceramente confiada en su imperial señor y en el Dios que tornaba tan fácil y grata la existencia? Los rusos, los alemanes, los españoles, todos, todos ignoran ya cuánta libertad y alegría ha extraído de su alma recóndita el fantasma inanimado e insaciable del "Estado"; los pueblos todos solamente sienten que sobre ellos se cierne una sombra extraña, ancha y sofocante. Pero los que alcanzamos a conocer el mundo de la libertad individual, sabemos y podemos dar testimonio de que en otro tiempo Europa disfrutaba serena de su calidoscópico juego

de colores. Y nos espanta ver cuán ensombrecido, esclavizado y carcelario se ha vuelto nuestro mundo debido a su furor suicida.

Pues bien, en ninguna parte—¡en ninguna!—era dable sentir con más deleite la despreocupación de la vida ingenua y, no obstante, al mismo tiempo maravillosamente sabia, que en París, donde la hermosura de las formas, la moderación del clima, la riqueza y la tradición la confirmaban gloriosamente. Cada uno de nosotros, los jóvenes, nos incorporábamos una parte de esa ligereza, y de esa misma manera contribuíamos a ella; chinos y escandinavos, españoles y griegos, brasileños y canadienses, todos se sentían junto al Sena como en su casa. No existía la violencia; se podía hablar, reír, pensar, maldecir a gusto; cada uno vivía a su placer, en compañía o solo, pródigo o económico, con lujo o como un bohemio; había lugar para cualquier peculiaridad y estaban previstas todas las contingencias. Allí estaban los restaurantes sublimes con todos sus encantos culinarios, los vinos de doscientos y trescientos francos, los coñacs pecaminosamente costosos de los días de Marengo y Waterloo; pero se comía y se bebía asimismo magníficamente en el local de cualquier "vendedor de vino" a la vuelta de la próxima esquina. En las hosterías repletas del Barrio Latino obteníase a cambio de unos cuantos centavos las más apetitosas bagatelas antes y después del sabroso *bifte*, y además vino blanco o tinto y una barra enorme de delicioso pan blanco. Cada cual iba ves-

tido según le placía; los estudiantes se paseaban con sus boinas gallardas por el Boulevard San Miguel; los obreros caminaban sin remilgos, vistiendo blusas azules, o en mangas de camisa, por los bulevares más distinguidos; las niñeras, con sus cofias bretonas de anchos plegados; los taberneros, con sus mandiles azules. No era menester que fuera precisamente el 14 de Julio para que, pasada la medianoche, unas cuantas parejas jóvenes empezasen a bailar en medio de la calle, bajo la sonrisa benévola del agente de policía. La calle pertenecía a todos y a cada uno. Nadie se incomodaba por nadie; las muchachas más bonitas no tenían empacho en entrar del brazo de un negro o de un chino de ojos rasgados al primer hotelito que encontraban. ¿Quién se cuidaba en París de espantajos tales como la raza, la clase o el origen, que sólo más tarde fueron inflados? Se paseaba, se charlaba, se dormía con el o la que se gustaba y no se prestaba un ápice de atención a lo demás. ¡Ah!, era preciso haber conocido antes a Berlín para conocer a París a fondo; era preciso haber experimentado primero el voluntario servilismo de Alemania, con su sentido de clase anguloso y dolorosamente afilado, de esa Alemania donde la mujer del oficial no se "rozaba" con la esposa del maestro, ni ésta con la señora del comerciante, y menos aún esta otra con la mujer del obrero. La herencia de la Revolución palpitaba viva todavía en la sangre de París; el obrero proletario se sentía tan ciudadano libre y cabal como su patrón; el camarero

estrechaba en el café la mano del general de muchos galones, como de camarada a camarada; las trabajadoras honestas, las pulcras mujeres de los pequeños burgueses no fruncían el ceño al encontrarse con la prostituta que vivía en el mismo piso, sino que charlaban todos los días con ella en la escalera, y sus hijitos la obsequiaban con flores. Ví una vez a unos acaudalados campesinos normandos entrar, después de un bautismo, a un restaurant elegante—el Larue, cerca de la Magdalena—, con pesadas botas que retumbaban como cascos de caballos, con la indumentaria típica de su aldea y el cabello tan untado de pomada que se percibía su perfume hasta en la cocina. Hablaban en voz alta, y cuanto más bebían, más levantaban la voz. Con perfecto desembarazo pellizcaban a sus mujeres en la cadera. No les molestaba ni remotamente hallarse sentados como perfectos aldeanos entre estirados fracs y vestidos de última moda, ni el camarero de cara recién afeitada y lisa como un espejo levantaba el hombro, despectivamente, según lo habría hecho en Alemania o Inglaterra a la vista de tan toscos huéspedes, sino que los atendía de modo tan cortés e intachable como si fuesen ministros, y el mayordomo parecía complacerse también en saludar con particular cordialidad a los ruidosos clientes. París sólo reconocía una yuxtaposición de contrastes, ningún arriba y abajo; no corría una línea divisoria visible entre las calles de lujo y los sucios pasajes vecinos, y en todas partes reinaban la misma animación y la misma alegría. En los

patios del suburbio los músicos callejeros tocaban sus instrumentos; a través de las ventanas oíase el canto con que las obreritas acompañaban su labor; siempre se cernía en el aire en alguna parte una risa o un llamado jovialmente amistoso. Si aquí o allá dos cocheros se trenzaban en una disputa y se llenaban de insultos, no tardaban en rematar la querrela con un apretón de manos, pasando en seguida a tomar juntos un vaso de vino y abrir unas cuantas ostras—irrisoriamente baratas. Nada era difícil o forzado. Las relaciones con las mujeres se establecían fácilmente y se deshacían con facilidad; cada olla encontraba su tapa, cada mozo una amiga alegre, libre de las trabas de la mojigatería. ¡Ah, cuán fácil, cuán grata era la vida en París, sobre todo cuando úno era joven, El mismo vagabundeo era un deleite y, a la vez, una continua enseñanza, ya que todo se presentaba abiertamente a todos. Se podía entrar al negocio de un chalán de libros viejos y hojear los libros durante un cuarto de hora sin que el comerciante rezongase o murmurase. Se podían visitar las pequeñas galerías, y en los pequeños comercios de baratillo gustarlo todo circunstancialmente. Se podía asistir como simple curioso a las subastas del Hotel Druot, y en los jardines charlar con las niñeras; no era fácil detenerse cuando se había empezado a vagar, la calle lo arrastraba a úno como un imán, y a modo de un calidoscopio le mostraba sin cesar cosas nuevas. Si se estaba cansado, podía sentarse en la terraza de uno de los diez mil cafés y escribir cartas

con papel que se recibía gratis o hacerse explicar por los vendedores ambulantes todo el bagaje de tonterías y cosas superfluas que llevaban auestas. Sólo era difícil una cosa: quedarse en casa o volver a ella, sobre todo cuando irrumpía la primavera, brillaba la luz argentina y suave sobre el Sena, los árboles alineados a lo largo de los bulevares empezaban a espesar sus ramas verdes, y cada muchacha llevaba prendido un ramito de violetas de a centavo; pero, en realidad, no era necesario que fuese justamente primavera para que en París se estuviese de buen talante.

\*  
\*  
\*

En la época en que yo la conocí, la ciudad no estaba aún tan enteramente fundida en una unidad como lo está hoy gracias a los subterráneos y los automóviles; todavía dominaban el tránsito, en primer lugar, los imponentes ómnibus tirados por pesados caballos humeantes. Pero, en verdad, no había manera más cómoda de descubrir París que desde el "imperial", el primer piso de esas anchas carrozas o desde los coches abiertos, que tampoco corrían demasiado arrebatados. En esa época, de todos modos, el trayecto de Montmartre a Montparnasse significaba todavía un pequeño viaje, y considerando el espíritu ahorrativo de los pequeños burgueses parisienses, me parecía absolutamente digna de crédito la leyenda según la cual quedaban todavía habitantes

del lado derecho del Sena que nunca habían estado en el lado izquierdo, y niños que sólo habían jugado en el jardín del Luxemburgo, pero que jamás habían visto el jardín de las Tullerías ni el parque Monceau. El buen ciudadano o el portero gustaba de quedarse en su barrio; formaba dentro del París grande su París chico, y cada uno de esos barrios, tenía por consiguiente, su carácter definido y hasta provincial. Hé aquí por qué la elección del lugar donde úno sentaría sus reales significaba hasta cierto punto una determinación. El Barrio Latino no me atraía. En una breve visita anterior, a los veinte años de edad, me había precipitado allí directamente desde el tren; la primera noche ya estaba sentado en el café Vachette y me hice señalar, lleno de unción, el lugar habitual de Verlaine y la mesa de mármol que él golpeaba iracundo con su pesado bastón cuando, estando ebrio, quería hacerse respetar. En su honor bebí —un acólito abstemio— una copa de ajenjo, a pesar de que ese brebaje verdoso no me gustaba en absoluto; pero como joven respetuoso me creía obligado a atenerme en el Barrio Latino al ritual de los poetas líricos de Francia. En ese entonces, y por una sensiblería de ese estilo, hubiera querido habitar un quinto piso, una buhardilla cerca de la Sorbona, para poder participar más íntimamente de la “auténtica” atmósfera del Barrio Latino, que conocía a través de los libros. A los veinticinco años, en cambio, mis sentimientos ya no eran tan ingenuos y románticos; el barrio de los estudiantes se me antojaba entonces

demasiado internacional, demasiado poco parisiense. Y, sobre todo, no quería elegir mi residencia fija de acuerdo con reminiscencias literarias, sino en condiciones de cumplir lo mejor posible mis propias tareas. Investigué prolijamente. El París elegante, los Campos Elíseos, no eran de ningún modo adecuados a ese propósito, y menos aún lo era el barrio del Café de la Paix, donde se daban cita todos los acaudalados extranjeros de los Balcanes y donde, excepción hecha de los camareros, nadie hablaba francés. Ejercía más atracción sobre mí la quieta esfera de Saint Sulpice, sombreada por iglesias y conventos, donde también gustaban vivir Rilke y Suárez. De mejor grado hubiera tomado alojamiento en la Isla St. Louis para hallarme ligado al París de uno y otro lado del Sena. Pero, paseando, tuve la suerte de encontrar en la primera semana algo más hermoso todavía. Recorriendo lentamente las galerías del *Palais Royal*, descubrí entre las casas de esa manzana, simétricamente levantadas por Felipe Igualdad en el siglo XVIII, un solo—en su tiempo elegante—palacio, que en su decadencia terminó por ser transformado en un hotelito un tanto primitivo. Me hice enseñar una habitación, y observé encantado que a través de la ventana la mirada pasaba al jardín del *Palais Royal*, que era costumbre cerrar al caer la noche. Entonces no se oía sino confusa y rítmicamente el quedo zumbido de la ciudad como un oleaje incesante en una costa lejana; a la luz de la luna brillaban las estatuas, y en las primeras horas de la ma-

ñana traía el viento a veces desde los cercanos mercados un aire sazonado de verduras. En esta manzana histórica del *Palais Royal* habían vivido los escritores y los estadistas del siglo XVIII y del siglo XIX. Frente a frente estaba la casa donde tantas veces Balzac y Víctor Hugo habían trepado los cien angostos escalones hasta la buhardilla de la poetisa Marcelina Desbordes-Valmore, a la que tanto quiero; allí resplandecía marmóreo el lugar donde Camilo Desmoulins llamó al pueblo a la toma de la Bastilla; allí seguían en pie las arcadas donde el pobre tenientillo Bonaparte se buscó una protectora entre las damas no muy virtuosas que allí se paseaban. La historia de Francia hablaba aquí en cada piedra; además, a una sola cuadra de distancia estaba situada la Biblioteca Nacional, donde pasaba mis mañanas, y cerca también el Museo del Louvre con sus cuadros, y los bulevares con su vaivén humano. Por fin me encontraba, pues, en el lugar de mis deseos, allá donde desde hacía siglos latía ardiente y rítmico el pulso de Francia, en lo más íntimo de París. Recuerdo que cierta vez me visitó André Gide, y sorprendido por esa quietud en medio del corazón de París, exclamó:

—Es preciso que los extranjeros nos enseñen los lugares más preciosos de nuestra propia ciudad. Y, en efecto, no hubiera podido encontrar nada más parisiense y a la vez más apartado, que ese ro-

mántico estudio en el barrio céntrico de la ciudad más vital del mundo.

\*  
\* \*

¡Cómo recorrí entonces las calles, cuánto ví, cuánto busqué en mi impaciencia! No quería vivir y conocer sólo el París específico de 1904; buscaba con los sentidos, con el corazón, el París de Enrique IV y el de Luis XIV, el de Napoleón y el de la Revolución, el de Rétif de la Bretonne y el de Balzac, el de Zola y el de Carlos Luis Felipe, con todas sus calles, figuras y sucesos. Hallé aquí, de un modo convincente, cuánto una literatura grande y orientada hacia la verdad devuelve a su pueblo, en fuerza de perpetuación, pues todo París me había sido, en realidad, familiar de antemano gracias al arte re-creador de los poetas, novelistas, historiadores y costumbristas, antes de que lo hubiera visto con mis propios ojos. En el encuentro sólo se reanimaba; la contemplación física no resultó sino un reconocimiento, ese placer del anagnórisis griego que Aristóteles celebra como el deleite artístico más grande y misterioso. Y, sin embargo, ni los libros ni los paseos asiduos proporcionan el conocimiento de lo más recóndito de un pueblo o de una ciudad. Este se debe siempre nada más que a sus mejores hombres. Sólo por la amistad espiritual con los semejantes se adquiere una visión de las relaciones electivas entre el pueblo y el país;

toda observación desde afuera deja una visión falsa y precipitada.

Tales amistades me fueron dadas, y la mejor de ellas me unió a León Bazalgette. Gracias a mi íntima relación con Verhaeren, a quien visitaba en St. Cloud dos veces por semana, estaba a salvo de caer en el círculo liviano de los pintores y literatos internacionales que poblaban el Café du Dôme y que en el fondo seguían siendo los mismos acá y allá, en Munich, Roma y Berlín. Con Verhaeren, en cambio, visité a los pintores y escritores que en medio de esa ciudad ávida y emprendedora vivían para su trabajo, cada uno en su quietud creadora como en una isla solitaria, y así alcancé a ver todavía el taller de Renoir y de sus mejores discípulos. Por fuera, la existencia de esos impresionistas, cuyas obras se cotizan hoy en miles de dólares, no se distinguía en nada de la de un pequeño burgués o un rentista; una casita cualquiera con el agregado de un taller, ningún aparato escénico, como en Munich, donde Lenbach y los demás corifeos ostentaban sus villas de lujo imitando el estilo pompeyano. Tan sencillos como los pintores vivían los poetas, con quienes pronto me ligó una confianza personal. Por lo común, ocupaban cualquier cargo oficial insignificante, que exigía poco trabajo. La consideración que en Francia se demostraba, desde las capas más humildes hasta los círculos más destacados, al trabajo intelectual, había

generado, desde hacía años, el sabio método de favorecer a poetas y escritores cuya producción no se traducían en apreciable beneficio contante y sonante, con sinecuras que no llamaban la atención; se les nombraba, por ejemplo, bibliotecarios del Ministerio de Marina o del Senado. Esto significaba un sueldo reducido y poco trabajo, pues los senadores raramente pedían un libro, y de este modo, el feliz usufructuario de tal renta podía escribir sus versos tranquila y cómodamente durante sus horas de oficina en el viejo palacio del Senado y con el jardín del Luxemburgo debajo de la ventana, sin verse obligado a pensar jamás en un honorario. Y esa modesta seguridad les bastaba. Otros eran médicos, como lo fueron más tarde Duhamel y Durtain; tenían una pequeña galería de arte, como Charles Vildrac, o eran profesores de segunda enseñanza como Romain y Jean Richard Bloch; o cumplían su horario en la Agencia Havas, como Paul Valéry, o ayudaban a algún editor. Pero ninguno tenía la pretensión de sus sucesores, mal acostumbrados por el cinematógrafo y los grandes tirajes, de fundar autocráticamente una existencia independiente sobre la base de una primera inclinación artística. Lo que esos autores pretendían de sus modestos puestos, elegidos sin ambición de ninguna clase, no era más que el pequeño margen de seguridad para la vida exterior, que les aseguraba la independencia para la obra interior. Gracias a

esa seguridad modesta podían pasar indiferentes a lo largo de los grandes diarios corrompidos de París, escribir sin recompensa para sus pequeñas revistas mantenidas exclusivamente con sacrificios personales, y tolerar con tranquilidad que sus obras no se presentasen sino en modestos teatrillos literarios, y que sus nombres sólo fuesen conocidos al comienzo por un núcleo reducido. Durante decenios, sólo una pequeña élite sabía lo que significaban los nombres de Claudel, de Péguy, de Rolland, de Suárez, de Valéry. Ellos eran los únicos que en medio de una vida turbulenta y afanada no tenían prisa. Vivir tranquilo, trabajar tranquilo para un tranquilo círculo alejado de la feria bulliciosa, era para ellos más importante que abrirse camino, y no se avergonzaban de vivir al estilo de los pequeños burgueses y en la estrechez, para en cambio pensar libre y atrevidamente en lo artístico. Sus mujeres cocinaban, y gobernaban el hogar; todo era sencillo y por lo mismo más cordial en esas tertulias vespertinas de camaradería. Se sentaban en sillas de paja baratas al rededor de una mesa cubierta descuidadamente con un mantel a cuadros, en un ambiente no más distinguido que el del mecánico que vivía en el mismo piso, en el cual todos se sentían libres y sin trabas. No tenían teléfono, ni máquina de escribir, ni secretaria; rehuían todo utensilio técnico lo mismo que el aparato intelectual de la propaganda; como mil años atrás, escribían sus libros

a mano, y aun en las grandes empresas editoriales, como el *Mercur de France*, no se conocían ni el dic-táfono ni aparato complicado alguno. Nada se mal-barataba con miras hacia afuera, para el prestigio o la representación. Todos esos jóvenes escritores fran-ceses vivían, como el pueblo entero, para la alegría de vivir, si bien es cierto que en su forma más su-blime: la alegría creadora del trabajo. ¡Cómo recti-ficaban esos amigos que acababa de conquistar, con su pulcritud humana, la imagen del poeta francés; cuán distinta era su manera de vivir de las descrip-ciones de Bourget y de otros famosos novelistas de la época, para quienes el *salón* era el sinónimo del mundo! ¡Y cómo me ilustraron sus esposas respecto al cuadro criminalmente falso que en casa habíamos extraído de lecturas que nos presentaban a las fran-cesas como mujeres mundanas, exclusivamente preo-cupadas por las aventuras, el despilfarro y el espe-jismo! Nunca he visto mejores dueñas de casa, más silenciosas, que en aquel círculo fraternal; mujeres ahorrativas, modestas, alegres aun en las situaciones más angustiosas, produciendo pequeños milagros en un fogón diminuto, cuidando a los niños y, sin em-bargo, fielmente identificadas con la vida espiritual de sus esposos. Sólo el que ha vivido en esos círcu-los, como amigo, como camarada, sólo ese conoce la Francia auténtica.

Lo que en León Bazalgette—ese amigo de sus amigos, cuyo nombre se olvida con injusta ligereza en la mayoría de las exposiciones de la literatura francesa moderna—había de extraordinario en medio de esa generación de escritores, era que empeñaba su fuerza creadora exclusivamente en bien de las obras ajenas, poniendo por lo tanto toda su magnífica intensidad al servicio de los hombres que estimaba. En él, el “camarada” nato, llegué a conocer al tipo absoluto de hombre que se sacrifica, al cabalmente abnegado, que ve como misión de su vida exclusiva procurar el triunfo de los valores esenciales de su tiempo y que ni siquiera se rinde al legítimo orgullo de ser considerado su descubridor o animador. Su entusiasmo activo no era más que una función natural de su consciencia moral. De aspecto un sí es no es militar, a pesar de ser un antimilitarista apasionado, tenía en el trato la cordialidad de un compañero auténtico. Siempre dispuesto a ayudar, a aconsejar, imperturbable en su sinceridad, puntual como el mecanismo de un reloj, se preocupaba por todo lo que importaba a otros, pero nunca por su beneficio personal. El tiempo no significaba nada para él, y el dinero carecía de valor cuando se trataba de un amigo, y tenía amigos en todas partes del mundo, un grupo pequeño pero selecto. Empleó diez años para hacer a Walt Whitman accesible a los franceses, mediante la traducción de todas sus obras

y una biografía monumental. Con ese modelo de un hombre libre y amante del mundo, en el sentido de dirigir la mirada espiritual de una nación al otro lado de la frontera, de hacer a sus compatriotas más viriles, más compañeros, el objetivo de su vida consistía en ser el mejor francés, y fue así, simultáneamente, el más apasionado antinacionalista.

Pronto nos hicimos amigos íntimos, fraternales, porque ninguno de los dos pensábamos de modo patriótico, porque ambos gustábamos servir con abnegación y sin beneficio exterior a la obra extraña, y porque estimábamos la independencia espiritual como el *primum y ultimum* de la vida. En él llegué a conocer por primera vez aquella Francia "subterránea". Cuando más tarde lei en el libro de Rolland el encuentro de Olivier con el alemán Juan Cristóbal, casi creí ver descrita nuestra relación personal. Pero lo mejor de nuestra amistad, lo que la hace inolvidable era que siempre tenía que superar un punto delicado, cuya resistencia tenaz, bajo circunstancias normales hubiera tenido que impedir [una intimidad cordial y sincera entre dos escritores. Ese punto delicado consistía en que Bazalgette rechazaba con decisión todo cuanto yo escribía en aquellos tiempos, con una maravillosa sinceridad muy propia de él. Me estimaba personalmente, tenía el mayor respeto imaginable por mi dedicación a la obra de Verhaeren. Cada vez que llegaba a París, estaba él en la

estación y me saludaba el primero; dondequiera que podía ayudarme, estaba presente; armonizábamos en todas las cuestiones decisivas mejor de lo que, de ordinario, armonizan dos hermanos. Pero frente a mis trabajos emitía un resuelto ¡nó!. Conocía trabajos en prosa y verso míos en la traducción de Henri Guilbeaux, (a quien más tarde, en la guerra y como amigo de Lenin le tocó desempeñar un papel importante), y los rechazaba con franqueza y sequedad. Me imputaba con juicio inexorable que todo aquello no tenía trabazón con la realidad, que todo era literatura esotérica (que él odiaba de todo corazón), y se enojaba porque precisamente yo escribía esas cosas. Leal consigo mismo en una forma absoluta, no hacía concesiones en ese punto, ni siquiera la de la cortesía. Cuando, por ejemplo, se hallaba al frente de una revista, solicitó mi ayuda, es decir, me pidió que le consiguiese colaboradores importantes en Alemania, es decir, contribuciones que fueran mejores que las mías propias; de mí mismo, su amigo más próximo, no solicitó ni publicó ni una sola línea, si bien al mismo tiempo se sacrificaba revisando para una editorial, sin cobrar honorarios, por pura amistad, la traducción de uno de mis libros. El hecho de que nuestra camaradería fraternal no haya sufrido merma ni por un instante en diez años, a causa de esa circunstancia curiosa, me la hizo singularmente cara. Y nunca me alegró una adhesión tanto como la

de Bazalgette, cuando, durante la guerra mundial, anulando yo mismo todo lo anterior, alcancé por fin una forma de expresión personal. Porque yo sabía que su aprobación de mis nuevas obras era tan sincera como durante diez años lo había sido su obstinado ¡no!

\* \* \*

Si estampo el nombre querido de Rainer María Rilke, en la página de los días de París, a pesar de haber sido él un poeta alemán, es porque en París estuve con más frecuencia y de la mejor manera en su compañía, y porque siempre veo su rostro, como en los cuadros antiguos, recortado sobre el fondo de esa ciudad, que él amaba como ninguna otra. Cuando hoy los recuerdo, a él y a aquellos otros maestros de la palabra cincelada cual obra de egregio arte de orfebrería, cuando recuerdo los nombres venerados que como inalcanzables constelaciones astrales brillaban sobre mi juventud, se me impone irresistiblemente la melancólica pregunta: En nuestro presente de turbulencia y azoramiento generales, ¿serán posibles nuevamente semejantes poetas puros vueltos sólo hacia la creación lírica? No es una generación desaparecida la que en ellos deploro afectuosamente, una estirpe sin sucesión inmediata en nuestros días, azotados por todos los huracanes del destino, la de esos poetas que nada pretendían de la

vida exterior, ni el aplauso de las grandes masas, ni distinciones, honores o provecho, que nada ambicionaban sino aunar perfectamente, en esfuerzo silencioso y sin embargo apasionado, una estrofa a la otra, cada línea penetrada de música, fulgurante de colores, ardiente de imágenes. Formaban una grey, casi una orden, en medio de nuestro día estruendoso, ellos, los conscientemente puestos de espaldas a lo cotidiano, para quienes no había en el cosmos nada más importante que el tono delicado, y sin embargo, más durable que el retumbar del tiempo, de una rima que, uniéndose a la otra, causa esa conmoción indescriptible, más silenciosa que la caída de una hoja en el viento y que, no obstante, alcanza con su vibración las almas más lejanas. ¡Pero cuán reconfortante era para nosotros, los jóvenes, la presencia de esos seres fieles a sí mismos, cuán ejemplares esos rigurosos guardianes del idioma, que dedicaban su amor de un modo exclusivo a la palabra purificada, a la palabra que no servía al día ni al diario, sino a lo duradero y perenne! Daba casi vergüenza mirarlos, pues vivían silenciosos, insignificantes, invisibles; el uno rústicamente en el campo, el otro dedicado a modesto oficio, el tercero ambulante sobre el mundo como apasionado peregrino, todos conocidos nada más que por unos pocos, pero tanto más intensamente amados por ellos. Estaban, uno en Francia, otro en Alemania, otro en Italia, y,

sin embargo, todos en la misma patria, pues vivían únicamente en la poesía, y evitando así con severo renunciamiento todo lo efímero, hacían de su propia vida, creando obras de arte, una obra maestra. Siempre me parece un hecho maravilloso que en nuestra juventud hayamos tenido entre nosotros a esos poetas sin tacha. Pero, por lo mismo me pregunto hoy reiteradamente, con una especie de secreta tribulación: en nuestros tiempos, dentro de nuestras nuevas formas de vida, que ahuyentan al hombre de toda concentración interior como el incendio de un bosque arroja a los animales de sus guaridas más ocultas, ¿podrán darse todavía figuras como aquéllas, enteramente consagradas al arte poético? Bien sé que de tanto en tanto, acaece el milagro de un poeta a lo largo de los tiempos, y el reconfortante consuelo de Goethe a Lord Byron será eternamente cierto: "Porque la tierra los genera, como desde siempre los generó". Siempre surgirán tales poetas, en retorno bendito, pues siempre, de tiempo en tiempo, la inmortalidad concede esa prenda preciosa aun a la época más indigna. ¿Pero no es precisamente la nuestra una hora que no brinda ni aun al más puro, al más alejado, quietud alguna, esa quietud de la espera y la maduración de reflexionar y concentrarse, de que aquellos gozaban en los tiempos más bondadosos y sosegados del mundo europeo de la pre-guerra? No sé cuál es hoy la significación de todos esos poetas,

Valéry, Verhaeren, Rilke, Pascoli, Francis Jammes, en cuánto los estima una generación cuyos oídos en lugar de escuchar esa música delicada han sido abrumados, año tras año, por la rueda estrepitosa del molino de la propaganda y dos veces por el tronar de los cañones. Sólo sé, y siento el deber de manifestarlo con gratitud, cuánta enseñanza, cuánta dicha representó para nosotros la presencia de esos seres sacrosantamente dedicados a la perfección en medio de un mundo que ya se mecanizaba. Y volviendo la mirada atrás, sobre mi vida, difícilmente percibo un bien más significativo que el de haberme sido permitido estar humanamente cerca de muchos de ellos y que me haya sido dado, algunas veces, unir mi temprana admiración a una amistad duradera.

Quizá ninguno de todos ellos ha vivido de un modo más silencioso e invisible que Rilke. Pero no fue una soledad forzada o revestida de aire sacerdotal como, por ejemplo, la de Stefan George en Alemania. El silencio crecía, por así decirlo, en su torno, dondequiera que se dirigía o se encontraba. Puesto que se apartaba de todo ruido y hasta de su fama—esa “suma de todos los errores e incompreensiones que se reúnen alrededor de un nombre, según cierta vez dijera tan bellamente”—, la ola de la curiosidad vanidosa que arremetía contra él sólo humedecía su nombre, no así a su persona. Era difícil llegar hasta Rilke. No tenía domicilio, dirección

donde ir a buscarlo, ni residencia duradera, hogar o empleo. Siempre estaba caminando mundo traviesa, y nadie, ni siquiera él mismo, sabía de antemano a dónde se dirigiría. Para su alma inconmensurablemente susceptible y sensible a la presión, cualquier resolución inflexible, cualquier proyecto o anuncio significaban ya una carga. Por esta razón, era siempre casualidad que alguien se encontrara con él. Hallábase uno en una galería italiana y sentía que lo alcanzaba una suave sonrisa amable, sin darse cuenta cabal de dónde procedía. Sólo después se reconocían sus ojos azules que, al mirar animaban sus rasgos—que de por sí no llamaban la atención—con una luz interior. Pero precisamente ese hecho de no llamar la atención era el secreto más profundo de su ser. Miles de personas habrán pasado frente a ese joven de bigote rubio que caía un tanto melancólicamente, y a las formas ligeramente eslavas de su rostro, que ningún trazo destacaba de modo particular, sin sospechar que era un poeta, y uno de los más grandes poetas de nuestro siglo. Su peculiaridad sólo se manifestaba en el trato más íntimo: la reserva extremada de su carácter. Era el suyo un modo indescriptiblemente silencioso de desplazarse y de hablar. Cuando penetraba en una habitación donde estaba reunido un grupo de personas, lo hacía a tal punto sin ruido, que difícilmente alguien paraba mientes en él. Permanecía luego escuchando en si-

lencio, levantaba de tanto en tanto inconscientemente la frente cada vez que algo parecía preocuparle, y cuando él mismo tomaba la palabra, lo hacía siempre sin afectación o acentuación fuerte. Narraba natural y sencillamente, tal como una madre narra a su hijo un cuento, y exactamente con el mismo cariño. Era algo maravilloso oírle hablar, oír cuán plástica y significativamente tomaba forma en sus labios el tema más baladí. Pero apenas comprendía que en un círculo mayor se había transformado en punto céntrico, se interrumpía y se recogía de nuevo en su atento y silencioso modo de oír a los demás. En cada movimiento, en cada ademán se observaba esa delicadeza; aun cuando reía, lo hacía con un tono que sólo lo insinuaba. Lo asordinado era en él una necesidad, y por eso nada podía trastornarle tanto como el ruido y, en la esfera del sentimiento, la vehemencia.

—Me agotan esos hombres que escupen sus sensaciones como sangre—me decía en una oportunidad—, y por eso ya no gusto de los rusos sino como de un licor, en dosis muy reducidas.

Lo más hermoso era pasear con Rilke por París, pues esto equivalía a ver aun lo más insignificante como cosa significativa y, por así decirlo, con ojos iluminados. Observaba cualquier nimiedad y hasta gustaba de pronunciar en alta voz las leyendas de los letreros si a su juicio tenían un sonido rítmico.

Conocer esa ciudad única de París hasta en sus últimos recovecos y profundidades era su pasión, casi la única que jamás comprobé en él. Cierta vez que nos encontrábamos en la casa de conocidos comunes, le referí que la víspera había llegado hasta la vieja barrera o fortificación, donde, en el cementerio de Picpus, se enterraba a las víctimas de la guillotina, entre ellas Andrea Chénier. Le describí esa pequeña pradera encantadora con sus túmulos dispersos, que rara vez contempla el extranjero, y agregué que en el camino de regreso vi en una de las calles, a través de un portón abierto, un monasterio con una especie de beguinas, que, en silencio, sin hablar, recorrían en círculo el rosario, como en un sueño piadoso. Fue una de las pocas veces que le vi casi impaciente, a ese hombre tan sosegado, tan dueño de sí mismo: tenía que ver eso, la tumba de Andrea Chénier y el convento. Me rogó que le condujera hasta allí. Fuimos al día siguiente.

Rilke permaneció en una especie de quietud arrobada frente a ese camposanto solitario y lo llamó "el más lírico de París". Pero, en cambio, a nuestra vuelta, encontramos cerrado el portón del monasterio. Entonces me fue dado probar su paciencia, que en la vida demostraba no menos magistralmente que en su obra.

—Esperemos el azar—dijo.

Y con la cabeza ligeramente inclinada se colocó

en tal posición que podía mirar a través de la puerta en cuanto ésta se abriera. Esperámos quizá unos veinte minutos. Y entonces a lo largo de la calle llegó una hermana de la orden y tocó el timbre.

—Ahora!—exclamó Rilke con un susurro bajo y agitado.

Pero la hermana había observado su atención sigilosa—ya dije que en él todo se sentía desde lejos, atmosféricamente—; se dio vuelta y le preguntó si esperaba a alguien. Le sonrió con esa sonrisa dulce que engendraba en el acto la confianza y dijo, francamente, que le hubiera gustado ver el patio interior del convento. Sonrió ahora, a su vez, la religiosa y declaró que lo lamentaba, pero que no le era permitido dejarle entrar. Pero que, en cambio, le aconsejaba dirigirse a la casilla del jardinero de al lado, donde desde la ventana del piso superior se le ofrecía una buena vista. Y de esta suerte aun aquello le fue dado, como tantas otras cosas. Nuestros caminos se cruzaron en adelante varias veces más, pero siempre que recuerdo a Rilke, le veo en París, cuya hora más triste ha quedado él dispensado de presenciar.

*(Continuará)*

---

Un fuerte atezamiento o intenso bronceado de sol es antihigiénico porque dificulta la absorción ulterior de los rayos ultravioletas, tan necesarios para la salud.

# Homenaje a Berthelot

El 24 de noviembre de 1901 tuvo lugar, en el gran anfiteatro de la Sorbona, la ceremonia oficial en celebración del cincuentenario científico de Marcelino BERTHELOT, filósofo, químico, historiador, sociólogo, pedagogo . . . la figura más notable entonces entre los grandes hombres de Francia.

Vamos a traducir algunos trozos de los discursos pronunciados en esa fiesta memorable.

De GASTON PARIS, de la Academia Francesa, Administrador del Colegio de Francia:

Hace 37 años que no cesáis de enseñar y, sobre todo, de trabajar en el Colegio de Francia. Desde entonces no pasa un día en que no se os vea llegar, la frente cargada de pensamientos, y entrar en ese querido laboratorio en donde la naturaleza, conducida y vigilada por vos, trabaja día y noche, en la realización de vuestras ingeniosas y profundas combinaciones. Dos veces por semana, con puntualidad jamás desmentida, entregáis al público estudioso la primicia de vuestras pesquisas y reflexiones. La sucesión de nuestros avisos muestra a la vez el apego de vuestro pensamiento a ciertos pro-

blemas especiales que no han dejado de preocuparlo y el gusto por las miradas de conjunto que lo ha distinguido siempre. Los cursos sobre la síntesis, sobre la termoquímica,—vuestra hija,— sobre los gases, alternan con los cursos sobre el método general y sobre la filosofía de la ciencia. Vuestras lecciones mismas son la manifestación de esta doble tendencia de vuestro espíritu, que, como los grandes, une a la vista penetrante del águila su amor de las alturas y su necesidad de cernerse. Ya repetís ante el público, con habilidad y seguridad que no se cansa úno de admirar, experimentos atrevidamente concebidos y prudentemente realizados, en los cuales sabéis prevenir y burlar todas las probalidades de error y armar a la verdad los lazos más sutiles; ya, dejando retortas y alambiques, arrastráis a vuestros auditorios por sendas no abiertas antes y los levantáis sobre cumbres de donde descubren nuevos horizontes. Os dais entero a ellos sin parecer pensar en su presencia, como si estuvierais solo en el laboratorio, prosiguiendo vuestros experimentos y dejando salir a la luz vuestras adivinanzas. Trabajáis, pensáis delante de ellos, la cual es la mejor de las enseñanzas, la enseñanza ideal de nuestro Colegio. Como en esas colmenas de vidrio en que el observador puede ver las abejas ordenar sus panales, fabricar la miel y preparar los enjambres, permitís a los que os

miran y escuchan, sorprender, atentos y maravillados, vuestros pensamientos en sus construcciones industriosas, en su actividad bienhechora, en sus escapadas conquistadoras. Los que son dignos de tales lecciones salen no sólo más instruidos, sino también engrandecidos en su pensamiento, fortificados en sus esperanzas, afirmados en el buen método, llenos de entusiasmo por la ciencia de la cual les habéis hecho comprender el alcance inmenso y penetrar los escondrijos últimos; de la cual les habéis revelado las alegrías profundas y las austeras exigencias, los triunfos embriagadores y las mismas apasionantes dificultades.

El Colegio de Francia es entre nosotros el órgano esencial de la ciencia militante y vencedora. Por eso, vos que no habéis cesado de militar y vencer, vos que tan elocuentemente habéis proclamado el papel de la ciencia y, lo que vale más, que habéis demostrado con hechos su potencia y beneficios, os habéis convertido en uno de nuestros genios tutelares. Vuestro nombre y el de Claudio Bernard,—para no hablar sino de las ciencias experimentales,—iluminan con su fulgor la historia del Colegio de Francia en la segunda mitad del siglo XIX. Esta casa que os acogió joven, como preparador del excelente Balard, no habéis querido nunca abandonarla. Habéis rehusado situaciones materialmente más ventajosas que la que ella

podía ofreceròs; pero en las cuales podíais temer ser menos libre, ser menos plenamente vos mismo. Entre nosotros, estáis en vuestra casa. Durante años—¡muy cortos, ay!— habéis tenido la dicha de trabajar al lado del ilustre amigo cuyo hogar espiritual era también esta casa, de aquel con quien, digno interlocutor, cambiabais, en cartas íntimas o en páginas profundamente meditadas, vuestros pensamientos sobre los más altos objetos de la indagacion y aspiración humanas, de aquel con cuya compañía podíais esperar contar hasta el fin de la ruta por donde habíais caminado juntos tanto tiempo. ¡Ah! ¡Si Ernesto Renan os presentara en mi lugar nuestras felicitaciones y nuestros votos! El os expresaría en un lenguaje magnífico lo que yo debo deciros, en nombre de mis colegas, con toda sencillez: Gracias, querido maestro, querido amigo, por el brillo que desde hace medio siglo habéis arrojado sobre nuestro antiguo establecimiento! ¡Gracias por el inalterable cariño que le habéis mostrado siempre! ¡Ojalá podáis mucho tiempo aún, con los sabios consejos que con tanto gusto acatamos, ayudarnos a mantenerlo en su verdadera vía, en la vía alta y derecha donde habéis marchado siempre a la cabeza y donde lleváis nuestra bandera, que es la bandera de la ciencia, del libre pensamiento y de la patria.

De DARBOUX, Decano de la Facultad de Ciencias, Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias:

Hace más de cincuenta años que vuestros esfuerzos han sido consagrados a investigaciones sin descanso: 1000 memorias, 35 volúmenes publicados por separado, han esparcido en el mundo los resultados de vuestros estudios sobre los temas más diversos.

La química, esta reina de las sociedades modernas, ha sido sobre todo el objeto de vuestros trabajos. Con paso igual y firme habéis recorrido todos sus dominios. Sois el único, entre los químicos vivos, a quien nada de lo que concierne a la química haya sido extraño. Escogiendo de preferencia las cuestiones más difíciles o más delicadas, las habéis tratado con esa perseverancia pertinaz y esa variedad de medios que son las cualidades más necesarias de un investigador poderoso.

Otros hablarán, con una competencia que a mí me falta, de los beneficios que la agricultura, la industria y la medicina deben a vuestros trabajos. Lo que no puedo olvidar aquí es que la química, aun engrandecida y renovada por vuestros conocimientos, no ha bastado a absorber toda vuestra actividad. Vuestra vida entera ha sido metódicamente empleada en la realización de ese desarrollo integral de las facultades

humanas que fue el ideal de los grandes filósofos del siglo XVIII, de los cuales os proclamáis discípulo y admirador. Con vuestros actos y con vuestros escritos, habéis rendido a la causa de la educación servicios cuyo valor crece, por decir así, cada día. Con la autoridad del sabio y la razón soberana del filósofo, habéis contribuido a poner en plena evidencia esas relaciones necesarias y estrechas, que ninguna nación podría, sin peligro, desconocer, y que hacen depender de la alta cultura, bajo todas sus formas, los progresos de la industria, de las costumbres públicas y de la educación nacional.

\* \* \*

De FOUQUÉ, presidente de la Academia de Ciencias:

El mundo científico entero os ha clasificado entre sus ilustres. Todos admiran el alcance de vuestro trabajo, vuestro espíritu de invención, la lógica de las ideas, la perseverancia en la persecución del fin entrevisto, la amplitud de la memoria, la habilidad experimental y esa aptitud para pasar de una serie de investigaciones a otra sin enlace aparente con la que precede.

Tántas cualidades eminentes, reunidas en un solo hombre, le aseguran una personalidad sin rival,

Hace poco más de medio siglo, nos encontrábamos el uno al lado del otro en los bancos de la clase de matemáticas elementales del Liceo Enrique IV. Mis recuerdos diseñan con encanto las largas conversaciones que trabábamos sobre nuestros estudios y sobre tantas otras cosas. Seguíamos con ansiedad los sucesos de aquel período turbio de nuestra historia nacional, y ya habíamos tomado por divisa las palabras sagradas de "patria y verdad".... Me parece verme en vuestra buhardilla de entonces, frente a St. Jacques, reanudando la disertación interrumpida, y sin más distracción que la vista de las golondrinas anidadas en las esculturas de la vieja torre....

\* \* \*

De Enrique MOISSAN, profesor de la Facultad de Ciencias, secretario del Comité de celebración.

Esta reunión es puramente científica. La sección de química del Instituto de Francia deseaba ofreceros una medalla conmemorativa del cincuentenario de vuestra primera publicación. Ha abierto una subscripción que debía ser internacional, porque la ciencia ha sacado provecho de vuestros trabajos y nos parece justo que todos los sabios del mundo puedan atestiguaros su gratitud.

La unanimidad afectuosa con la cual nuestra idea ha sido acogida, nos ha profundamente conmovido: es un testimonio de gratitud internacional el que tenemos la dicha de traerlos.

Durante una larga existencia activa que, como toda vida humana, ha tenido sus alegrías y sus tristezas, sus esperanzas y sus dudas, no habéis dejado pasar un año sin presentarnos el tributo de vuestras investigaciones. Graves preocupaciones, pesados deberes os han llevado a veces fuera del laboratorio; pero siempre habéis vuelto a él, apenas os ha sido posible.

Era difícil estudiar metódicamente tantas cuestiones, sin tocar la historia de esta ciencia que amáis tanto. Vuestros primeros estudios, el conocimiento del griego adquirido en el Liceo "y que habéis encontrado en vuestra memoria más fresco de lo que pensabais", vuestro espíritu que ama lo mismo la investigación paciente que la libre discusión de los sistemas filosóficos, todo os preparaba para la historia. Y habéis hecho un enorme trabajo, a modo de simple distracción. Nosotros nos preguntamos cómo, sin dejar las ocupaciones del laboratorio, habéis podido encontrar tiempo para concluir esos numerosos admirables trabajos de verdadero benedictino.

Recuerdo que una tarde, en vuestra casa, en presencia de la que por corazón y por talento es vuestra digna compañera de existencia, y en medio de vuestros hijos, tan felices hoy

de vuestra gloria, Renan disertaba sobre las cosas importantes de la vida. Con su voz persuasiva y su elocución tranquila, hacía notar que la cosa importante no es la comida del día siguiente, no es el dinero que se pueda ganar, no es tal ambición no satisfecha, nó, que lo importante es la idea de dominarse, es el trabajo seguido, es la publicación que se va a terminar. Y serenamente sentado en un sillón, la cabeza apoyada sobre la mano izquierda, meditabundo, le aprobabais sonriendo.

Tal es, en efecto, el secreto de vuestra labor incesante. A cualquiera que se sorprenda de una producción científica tan vasta, podéis responder, como Faraday: "El secreto se resume en tres palabras: trabajar, terminar, publicar".

Las aplicaciones que derivan de vuestros trabajos son incontables. Esos trabajos han concurrido al bienestar de los hombres, como los grandes ríos que se extienden majestuosamente en la llanura, hacen nacer la prosperidad en todo su curso.

Habéis sostenido luchas, habéis encontrado dificultades, oposiciones, enemistades; es la parte habitual de los que remueven las ideas. Pero el tiempo no tarda en traer el sosiego. Ahora podéis, a cierta distancia, contemplar el conjunto de vuestros esfuerzos. Podéis reconocer cada piedra de esta construcción, puesto que cada

una os ha costado trabajo y estudio. Quizá deseabais más alto edificio.... Ello redundará en vuestro honor: todos debemos colocar nuestro ideal bien arriba para no poderlo alcanzar jamás.

Pero nosotros, los testigos de vuestros esfuerzos continuos, los que hemos asistido a las transformaciones sucesivas creadas por vuestros descubrimientos, los que hemos palpado el gran movimiento de ideas producido por vuestras síntesis y visto las aplicaciones de vuestras indagaciones en los diferentes ramos del saber, nosotros hemos querido, al cabo de vuestros cincuenta años de labor, presentaros el testimonio de nuestro reconocimiento y de nuestra gratitud por el tanto más de verdad que nos habéis dado.

\* \* \*

El Maestro va a responder.... Nos parece verle: pequeño, pálido, frente ancha, mirada apacible, voz sosegada.... El semblante, los movimientos, todo deja traslucir la serenidad y la armonía de su portentoso cerebro.

Señores:

Vuestro homenaje me conmueve profundamente y me confunde. Estos honores, yo lo sé, no son debidos solamente a vuestra afección

hacia mi persona; debo referirlos también a mi edad, a mis largos trabajos y a los servicios que haya podido prestar a mis semejantes.

A mi edad ante todo: vuestra simpatía aviva el esplendor último de una lámpara que está al apagarse en la noche eterna! El respeto que la humanidad manifiesta a los ancianos, es la expresión de solidaridad que une las generaciones presentes con las que nos han precedido y las que nos seguirán.

Lo que somos, no debe, en efecto, atribuirse sino en parte escasa a nuestra labor y a nuestra individualidad personales; porque nosotros lo debemos casi todo a nuestros antepasados, antepasados de la sangre y antepasados del espíritu. Si cada uno de nosotros agrega algo al dominio común, en el orden de la ciencia, del arte o de la moralidad, es porque muchas generaciones han vivido, trabajado, pensado y sufrido antes de nosotros. Los pacientes trabajos de nuestros predecesores, son los que han creado esta ciencia que hoy honráis.

Cada uno de nosotros, cualquiera que haya sido su iniciativa individual, debe también atribuir una parte considerable de su buen éxito a los sabios contemporáneos, que concurren a la gran tarea común.

En verdad, declarémoslo altamente, nadie tiene el derecho de reclamar el mérito exclusivo de los descubrimientos tan brillantes del siglo

pasado. La ciencia es esencialmente una obra colectiva, continuada a través de los tiempos por el esfuerzo de una multitud de trabajadores de toda edad y de toda nación, asociados en virtud de un convenio tácito, para la indagación de la verdad pura y para la aplicación de esta verdad a la transformación de la condición de los hombres.

Señores:

Antes se consideraba a los sabios como un pequeño grupo de aficionados y gentes a gusto, mantenidos a costa de las clases laboriosas y ejecutando una obra de lujo y curiosidad, para solaz y distracción de los favorecidos de la fortuna. Esta vista estrecha e injusta, que tomaba en tan poco nuestra abnegación y nuestros servicios, ese prejuicio ha concluido por desaparecer, una vez que el desarrollo de la ciencia ha mostrado que las leyes de la naturaleza eran aplicables a la práctica de las industrias y que tenían por efecto el sustituir las viejas recetas tradicionales y empíricas, por las reglas provechosas de teorías fundadas en la observación y en la experiencia.

Hoy, ¿quién se atrevería a mirar la ciencia como una diversión estéril, ante el acrecimiento general de la riqueza nacional y privada que de ella resulta? Para limitarnos a citar el más

interesante quizá de los servicios que la ciencia ha prestado, basta comparar la condición servil y miserable de las masas populares en el pasado, tal como los documentos históricos la hacen conocer, con su condición presente, ya tan realizada en dignidad y bienestar, aparte las justas esperanzas cuyo logro ellas persiguen. ¿Hay un hombre de Estado que dude de los servicios mayores aún, que debe esperarse de esos progresos incesantes? ¡La ciencia es la bienhechora de la humanidad!

Hé ahí cómo la utilidad tangible de los resultados científicos, ha hecho comprender a los poderes públicos que el trabajo de los laboratorios debía ser fomentado y sostenido, porque aprovecha a todos en el orden económico y en el de la salud pública. Pero ese es sólo un pedazo de nuestro dominio: la ciencia eleva más allá sus legítimas pretensiones. Ella reclamó hoy, a la vez, la dirección material, la dirección intelectual y la dirección moral de las sociedades. A su impulso, la civilización moderna avanza con paso más y más rápido.

Señores:

Del conocimiento más a fondo del universo y de la constitución física y moral del hombre, resulta una nueva concepción del destino humano, dirigida por las nociones fundamentales de la solidaridad universal entre todas las clases y todas las naciones. A medida que los vínculos entre los pueblos se mul-

tiplican, mediante los progresos de la ciencia y la unidad de doctrinas y preceptos que ella deduce de los hechos constatados y que ella impone a todas las convicciones, sin violencia, pero de modo ineluctable, aquellas nociones toman una importancia creciente, cada vez más irresistible, y tienden a convertirse en las bases puramente humanas de la moral y de la política del porvenir.

Consiguientemente, el papel de los sabios, como individuos y como clase social, ha venido creciendo en los Estados modernos. Pero nuestros deberes hacia los hombres aumentan al mismo tiempo, no lo olvidemos jamás! ¡Proclamémoslo en este recinto, en este palacio de la ciencia francesa! No es por satisfacción egoísta de nuestra vanidad privada, por lo que el mundo, hoy, rinde homenaje a los sabios. ¡No! Es porque sabe que un sabio, verdaderamente digno de tal nombre, consagra una vida desinteresada a la gran obra de nuestra época: el mejoramiento,—demasiado tardío, ay!— de la suerte de todos, desde los ricos y felices hasta los humildes, los pobres y los sufrientes! Hé ahí lo que los poderes públicos declaraban hace nueve años en esta misma sala, honrando a Pasteur. Hé ahí lo que mi amigo Chaplain ha tratado de expresar sobre esta bella medalla, que el Presidente de la República acaba de ofrecirme. Yo no sé si he completamente obedecido al ideal que el artista ha figurado; pero sé que me he esforzado por hacer de ese ideal el objeto y fin director de mi existencial

## El Silencio del Mar

En Francia se ha publicado un libro que, aunque lo haya sido clandestinamente y no se sepa quien lo ha escrito, constituye uno de los mayores acontecimientos literarios de estas horas de guerra. El libro ha llegado a Gran Bretaña, donde se han hecho de él dos nuevas ediciones, una en francés y otra en inglés. Se llama "Le silence de la mer", y viene firmado por Vercors, enigmático seudónimo tras del cual, dado el valor artístico de la obra, la gente se pregunta quién sea su autor, probablemente un literato de renombre. Pero es mejor así, porque siendo anónimo es más representativo de la Francia que sufre, que espera y que combate.

El argumento del libro es simple. En una vieja casa de campo francesa, donde viven un anciano y su sobrina, viene a residir un oficial alemán de las tropas de ocupación. Y este oficial alemán, no es como muchos otros, autoritario y duro, enceguecido por las ideologías de la violencia; es humano, y cree sinceramente en la justicia de su causa y en la posibilidad de colaboración con los franceses. Ha leído y asimilado todo lo que la máquina de moldeamiento intelectual de su país ha dicho para disfrazar la desenfundada apetencia de conquista y dominio; y convencido de ello, en la intimidad del hogar francés, habla y habla. Pero mientras él perora, el anciano y la sobrina obstinadamente callan. En su sensibilidad de franceses, ellos

saben cuán distinta de las palabras del oficial alemán es la realidad. Hasta que éste, cansado del largo monólogo, marcha unos días a París. Allí encuentra a sus compañeros de armas, habla con ellos, escucha sus risotadas, los ve alardear de sus crueldades, alabarse de su orgullo, descubrir sus locas ambiciones. Y entonces comprende... Comprende que todo aquello que le habían imbuido y él sinceramente repetía, no son más que mentiras y falacias, falsedades con las que se disfrazan los instintos y propósitos agresivos. Y cuando vuelve a la vieja casa de campo, por primera vez calla. Ha pedido ir como voluntario al frente ruso, quizás para evadirse de su derrumbamiento moral, quizás con un hondo deseo de morir. Y es sólo al marcharse, que también por primera vez la muchacha francesa despega los labios, hasta entonces tercamente mudos, para decirle: "Adiós".

*De La Voz de Londres — 1.º de Nov. 1943*

---

---

Las escenas del otoño participan de cierto carácter moral: aquellas hojas, que caen como nuestros años; aquellas flores, que se marchitan como nuestras horas; aquellas nubes, que huyen como nuestras ilusiones; aquella luz, que se debilita como nuestra inteligencia; aquel sol, que se entibia como nuestros amores; y aquellos ríos, que se congelan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestros destinos.

*Chateaubriana*

# Por qué cayó Francia

*Por el General HENRY GIRAUD*

La primera causa de la caída de Francia, esta catástrofe inaudita e imprevista, es la disminución de los nacimientos.—Francia, aun sin la guerra, estaba en el declive del suicidio. La familia desaparecía al evitar los matrimonios tener hijos.

Hubo mucha habladería en Francia, se delineaban bellos programas, se distribuían muchas "cintas azules"; los juegos de foot-ball, el boxeo, las carreras de caballos, bicicletas y automóviles, tenían más y más éxito. El resultado fue fatal. En una raza anteriormente sólida, rústica, dura e infatigable, el alcohol y la sífilis habían abierto heridas supurantes. El esqueleto se encogia, los tejidos se aflojaban y la resistencia desaparecía.

El soldado de 1940 no era comparable con el de 1914, ni desde el punto de vista de fuerza física ni del de preparación militar. Había una capacidad muy limitada para marchar, aún menos para trabajar, y una necesidad invencible de dormir; esas eran las características del soldado de 1940.

Entre 1914 y 1918 hicimos un esfuerzo sobrehumano. Salimos de la prueba, física y moralmente agotados. Nuestro ideal no era aprovechar la victoria para hacer un mundo mejor, sino divertirnos. Desde los más

encumbrados de la sociedad hasta el más humilde, querían divertirse, o mejor dicho, se dejaban arrastrar ciegamente por este pensamiento.

¿Podría el servicio militar mejorar o corregir esta enseñanza? Ciertamente que nó; no en un momento en que el servicio militar, de un año se había reducido prácticamente a cuatro meses, y en que, como pude saber, ciertos soldados ni siquiera sabían los nombres de sus oficiales,

Para resumir: los 20 años subsiguientes a la Victoria nos dieron insuficiencia de cantidad y calidad de juventud. Si pasamos de la juventud que formaba solamente una pequeña parte del Ejército, a la Nación entera, ¿cuáles eran sus características?

La base de todo era la falta de autoridad. Uno nó delega la autoridad, la ejerce. En Francia entre los años de 1919 a 1939 la autoridad se agotó; en el Gobierno no vimos nunca verdadera administración; todo era fiestas, jamás el espíritu de Francia. Cada Ministerio se desenvolvía en un ambiente de escándalo.

Nuestros oficiales de la reserva que componían la mayor parte del Estado Mayor, no se atrevían a mandar, aunque se tratara del trabajo más sencillo o del problema más grave.

La situación era igual en el campo de la industria. El resultado fue el debilitamiento en la producción, y aumento en el costo; todo lo cual es incompatible con un negocio bien conducido. Las mecanógrafas llegaban tarde a las oficinas, los camioneros malgastaban el tiempo, los mecánicos charlaban con sus compañeros

en el trabajo desatendiendo éste, y todo se reflejaba en la producción, el costo de ésta y la vida de Francia.

Pero el daño era mayor aún en lo moral que en lo material, ya que la juventud francesa se acostumbró a actuar en la vida con un criterio erróneo, sin respeto por nada ni para nadie.

El reservista al volver a su Regimiento ya no sabía cómo obedecer o cómo hacer que su sección lo obedeciera. Cuando coroneles y generales tienen que hacer el trabajo de cabos, es evidente que la organización está para desplomarse.

La guerra de cuatro años que acabábamos de pasar nos enseñó a sufrir y morir, pero no nos enseñó a trabajar en el futuro. Hasta 1914 el obrero y el campesino francés eran trabajadores y diligentes. Nuestro país era una pequeña burguesía donde la media de lana era cosa aceptada, y donde la economía—calificada por ciertas personas como tacañería—era la guía de los ciudadanos franceses. La guerra no ayudó a mantener este espíritu burgués. . . . La llegada de los americanos, sus métodos, contribuyeron considerablemente a crear la confusión; se adquirió el hábito de contar en billones, o no contar.

El lujo superficial y espurio aumentaba. Los fabricantes de perfumes hicieron fortuna. El propietario, el obrero, el capataz, cada uno llegó a pensar en el placer primordialmente y a relegar a un segundo término el trabajo.

Primero llegó la semana inglesa que estableció como base de contratación el número de horas de trabajo, de 48 horas bajó a 45 y después a cuarenta.

Pero no solamente fueron las horas de trabajo las que disminuyeron, también fue la consciencia de trabajo. La famosa excelencia de producción francesa desapareció totalmente. Se adoptaron métodos americanos, olvidando que Francia no tenía el espíritu ni la potencialidad de los Estados Unidos.

Fue más fácil hacer intrigas que trabajar. La política se convirtió en una carrera de transacciones y traición. Muchos se consideraron estadistas y trataban de hacer conexiones en las subsecretarías y en los salones de recibo de alguna dama de importancia. Los ministerios, las prefecturas y la administración colonial se llenaron de jóvenes, quienes en vez de usar sus cerebros para ganar sus puestos, usaron las suelas de sus zapatos o la gasolina de sus padres para hacer "contactos" útiles y provechosos.

La falta de equipo, pedidos no cumplidos, aviones que nunca se fabricaron, tanques antiquísimos, municiones que nunca llegaron, todo esto fue el resultado de una labor inadecuada.

De 1918 a 1940. Francia vegetó lujosamente en cada clase de régimen que pudiera llamarse republicano, desde el azul celeste hasta el rojo Frente Popular. Los ministros caían como casas de naipes, los escándalos se acumulaban, los motines causaban el derramamiento de sangre francesa aun en los pavimentos de la capital, pero siempre se encontraban los mismos hombres en el mando.

La ruina que el Frente Popular causó a Francia es incalculable, pero su mayor responsabilidad fue la

de enseñar al pueblo a ser perezoso bajo el grandioso nombre del ocio. El café de la esquina era el consabido lugar de reunión, la semana de 40 horas no produjo beneficios a la familia porque el jefe de familia gastaba en dos días lo que antes ganaba en uno.

Esperemos que los que fueron acribillados en los campos de batalla por la Luftwaffe, aquellos que no tuvieron ni cañones antitanques ni antiaéreos, ni municiones, se venguen de los perezosos que se abandonaron en la fabricación de estas cosas y sobre todo, de aquellos cuyas ideología criminal y falta de responsabilidad han creado este desorden y caos.

El pregonar una reducción en la fabricación, cuando Alemania clamaba por cañones en vez de mantequilla, no solamente era una traición contra la nación, sino también un crimen contra la honradez. Dieron las mayores facultades a los regímenes totalitarios para lograr el éxito, pues franceses sinceros que han estado en Alemania como prisioneros de guerra, pueden dar testimonio de su prosperidad y de su salud física y moral. Reconocemos que talvez los alemanes no tengan libertad, pero ciertamente no hay desorden ni anarquía. En todas partes hay trabajo, el cual es la única fortuna que un pueblo puede tener si desea vivir felizmente.

Que Francia lo recuerde y lo aproveche.

*HENRY GIRAUD.—(Rutas)*

\*\*\*

El Frente Popular en Francia coronó su obra de

“legislación social” con el establecimiento de un *ministerio de ocios*, proveedor de pasatiempos (*le Ministère des loisirs*). Creados los ocios por los “Códigos del trabajo”, hay que crear en seguida los códigos de la holganza. Y de ésta surge luégo la bancarrota nacional.

E. J. R.

---

---

## Del Director:

Nuestro excelso don Ricardo Jiménez, en un arranque de indulgencia sin medida, me ha señalado como benemérito de la patria. Esto me obliga a la declaración terminante que hago aquí.

Como hombre de ciencia no cuento con más título efectivo que el haber sido en mi juventud un mediano cultivador de la química, y este mérito me fue honrosamente reconocido en Francia el 3 de mayo de 1893, antes de haber comenzado yo mi vida pública en Costa Rica. La cuenta es muy vieja y está bien cancelada.

Lo otro—mi trabajo de periodista—sólo vale por su larga duración, 48 años, y ha sido sostenido por mi ardiente anti-estatismo. El consagrarlo en alguna forma oficial en esta hora de socialismo perverso en que el mundo se desangra, sería un contrasentido, que no admito.

En un Estado de funciones mínimas, tal cual lo anhelo, el conferimiento de honores a ciudadanos en vida no sería nunca una atribución del Congreso Nacional.

*Elias Jiménez Rojas*

\*  
\* \*

Es muy difícil que los juicios de los hombres no pequen por exceso o por defecto cuando a otros hombres se refieren.

Por defecto se viene pecando desde hace siglos relativamente a los hermanos Pinzón, por ejemplo, para no cambiarle su índole a esta nota.

Por exceso se peca todavía en general al hablar de Colón. Son muchos quienes le tienen por un sabio y, lo más pasmoso, son muchos quienes le ponen en la lista de los mártires y santos.

\*  
\* \*

Los filósofos que conozco están repartidos en dos grupos, el de los monistas y el de los dualistas.

Los monistas van rotulados con tres nombres distintos: Son monistas los filósofos que creen que existe ciertamente un UNIVERSO, uno en sustancia y sujeto a leyes: en otros términos: son monistas los que creen que hay un orden o encadenamiento entre todas las cosas, tanto entre las que llamamos físicas como entre las que llamamos morales. Se rotulan como espiritualistas los monistas que llaman ESPIRITU a la sustancia universal. Se denominan materialistas los monistas que llaman MATERIA a dicha sustancia. Y, por último, nos decimos simplemente DETERMINISTAS los que nos limitamos a reconocer aquel orden o causalidad general, sin darnos a escoger entre las palabras "espíritu" y "materia". Para el monista, el concepto de libertad es necesariamente relativo. Dentro del monismo, la órbita de la libertad es la órbita misma de la razón u orden de la naturaleza.

Son dualistas los filósofos que piensan que al lado o por encima del mundo que ellos llaman FÍSICO, o material (el universo de los monistas), hay otro mundo: el del verda-

dero espíritu; el mundo de la libertad: el mundo de las cosas no sujetas a leyes, no encadenadas, no ligadas o determinadas. Son muy pocos estos verdaderos espiritualistas. Yo los respeto, pero declaro que ese mundo de la libertad completa, de que ellos hablan, me es desconocido e incomprensible. Donde hay libertad, hay responsabilidad, y la responsabilidad es un determinismo.

\*  
\* \*

Casi no hay frase célebre que no me recuerde alguna inexactitud colosal. Sí, v. gr., se cita, hablando de Proudhon, aquella de que LA PROPIEDAD ES UN ROBO, ¿cuántas veces no se hace en contra de la idea prolijamente explicada por este autor en sus obras? Se refería él exclusivamente a la propiedad particular DEL SUELO; pero han sido inútiles sus aclaraciones: no las entendieron los contemporáneos, y sus sucesores lo presentan todavía como enemigo de toda propiedad.

Plenso ahora en el LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER, tan calumniado también, y traduzco el comentario de Colins, con la seguridad de sorprender al 99% de los lectores.

“LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER, no significa, SED MUERTOS; NO HAGAIS NADA. Significa: no hagáis nada que esté en oposición con la organización social, y haced cuanto sea posible para impedir que se haga algo contra esta organización. Por ejemplo, si la organización social exige que el suelo pertenezca a los individuos, el LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER significa: hay que oponerse a que le sea quitado el suelo a quien es su propietario. Si después la organización social exige que el suelo pertenezca a la comunidad, el LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER exigirá el oponerse a que un individuo quite a la comunidad una porción de suelo”.

## DEL "DIARIO DE COSTA RICA"

DE 3 DE FEBRERO DE 1944

Trata el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales de conocer y publicar la opinión que los más destacados ciudadanos tengan acerca de la insoportable situación política actual. Visitó ayer con ese objeto uno de los integrantes del mencionado grupo a don Elías Jiménez Rojas, quien dijo lo siguiente:

"La invitación que usted me hace, en su nombre y en el de sus compañeros, me agrada mucho. Los viejos somos el pasado, el pasado es la Historia y es raro y halagador que los representantes del porvenir quieran escuchar la palabra de la Historia.

"Me encuentra usted—tenga la bondad de acercarse para verlo,—me encuentra usted copiando para mis APUNTES una nota relativa a la novela más famosa del año pasado: EL SILENCIO DEL MAR, obra anónima y de argumento sencillo, que ha conmovido a toda Europa. El título hermoso y expresivo, alude al estado de un pueblo que ha perdido su libertad política y calla con amargura, pero con la esperanza firme y honda de que la hora de la justicia ha de llegar, pronto o tarde, con absoluta seguridad. El silencio del mar aterra a los malvados inteligentes, porque les permite oír las acusaciones de sus propias conciencias y les hace comprender la inmensidad del imperio de las leyes morales e ineluctables.

Sin tener a quien vivir, me uno sin embargo, con efusión, al grupo grande de ciudadanos que protestan contra los desmanes del Gobierno actual".

# Páginas de Historia

Por Alfonso Jiménez

(Escritas en el año 1900)

(13 de enero de 1822)

Conforme a lo establecido en el *Pacto Social Fundamental Interino de Costa Rica*, aprobado con algunas modificaciones por la Junta Electoral de la provincia el 10 de enero, se instala en la ciudad de Cartago la 1.<sup>a</sup> Junta de Gobierno, elegida por aquélla el día 11.

Componían la nueva Junta de Gobierno los señores Lic. Rafael Barroeta, como Presidente, Santiago Bonilla, José Rafael de Gallegos, José María de Peralta, Joaquín de Iglesias, José Mercedes Peralta y Juan Mora, Secretario.

Hay que tener en cuenta que el Ayuntamiento y vecindario de Heredia,—que eran entonces el elemento reaccionario del país,—desaprobaron rotundamente el Pacto y no reconocieron al gobierno legítimo de la naciente república, según consta de la exposición en que se lee lo siguiente:

“Nunca este Ayuntamiento y vecindario hubiera jurado la Independencia de la Península, si no hubiera sabido positivamente que el plan del Imperio Mejicano no estaba ya para organizarse legítima

potestad por considerarle más benéfico que el Gobierno Peninsular, porque creyó y cree que por su mismo honor el Imperio Mejicano le reconocerá por parte integrante suya, como situado en su mismo continente por seguir su ejemplo de toda la América Septentrional, y últimamente por habersele comunicado de oficio por las legítimas autoridades de la ciudad de León, a las que juró reconocer y estar sujeto en todos los atributos que le son peculiares. Mas juró este vecindario y ayuntamiento su Independencia en el firme concepto de reconocer, según San Pablo, legítima potestad, para no resistir a la ordenación de Dios; y que esta potestad legítima debe ser la del Imperio Mejicano de las tres Garantías, y en su consecuencia abominando la desastrosa anarquía, desorden y arbitrariedad en que se consideran en el sistema actual algunos pueblos, resistió a las frecuentes incitaciones que le hicieron las ciudades de Cartago y San José. Empero, premeditando que su resistencia podría ocasionar alteraciones de la paz, tranquilidad y humanidad, se convino en nombrar el legado que pretendían, porque sus intenciones estaban disfrazadas; mas ahora que la Junta de Legación le ha comunicado el ejemplar arriba referido, del Pacto llamado de Concordia, que visto y leído públicamente, como dicho es, y detenidamente premeditado, es y se debe tener por opuesto a las garánticas intenciones del Imperio y la Nación, ha determinado

revocar como de hecho revoca, el poder que el Legado tenía conferido; no conformarse con el Pacto referido en ninguna de sus partes, ni hacer la elección que indica."

Aunque aceptada generalmente la anexión al Imperio Mexicano, antes de la aprobación del Pacto, no dejó de adoptarse éste con las modificaciones que permitieran realizar la anexión, porque era muy racional dictar alguna ley transitoria para el régimen interior de Costa Rica y porque la idea de anexión se había aceptado con ciertas condiciones, que podía admitir o no el gobierno de México.

En otras circunstancias, la conducta de los vecinos de Heredia habría acarreado por consecuencia inevitable el empleo de la fuerza para reducirlos al orden; pero entonces el gobierno central no se creía con poder bastante para hacerlo; no fue sino hasta en 1823 cuando cesaron las contemplaciones para con los vecindarios que de la noche a la mañana se levantaban y desconocían el convenio hecho buenamente el día anterior.

---

29 de noviembre de 1822

La Junta Superior Gubernativa dispone, entre otras cosas, para el establecimiento de un lazareto, que los ayuntamientos manden un comisionado entendido, cada uno, para que reuniéndose todos el 10 de diciembre siguiente, inspeccionen los lugares pro-

puestos con tal objeto e informen al Gobierno, a efecto de proceder a la mayor brevedad a la construcción de las casas, y que los Ayuntamientos de las poblaciones principales le envíen listas de los contagiados de lázaro, con expresión de sus nombres, estado, caudal, calidad, número de hijos, nombres y circunstancias de éstos, situación más o menos lastimosa de la enfermedad, etc.

Por una acta del Ayuntamiento de Cartago se viene en conocimiento de que la reunión de los Comisionados se efectuó en la villa (hoy ciudad) de Alajuela. Es interesante el siguiente artículo del acta aludida: "2.º Que para designar el punto más a propósito en que se deba fundar esta colonia independiente de la sociedad política, para alejar este lastimoso contagio en un punto que no le pueda permitir el comercio y tráfico con las gentes, ni que el viento le pueda ser nocivo a las poblaciones, se acordó, de unánime consentimiento, comisionar al Alcalde Pedáneo, don José Céspedes, que tiene bastante inteligencia, para que, recorriendo el paraje nombrado "La Candelaria," en todo su cerco, y reuniéndose con los que hayan nombrado los demás Ayuntamientos, informe al Gobierno el que le parezca más adecuado". Estamos en 1900 y el Lazareto no ha sido construido.

---

28 de enero de 1823

Enterada la Junta de Gobierno de que la sus-

cripción voluntaria abierta por el Ayuntamiento de Cartago para costear la solemne jurá del Imperio Mexicano, que debía celebrarse en aquella ciudad el viernes 31 del propio mes, produjo la suma de *ocho pesos un real*, toma el siguiente acuerdo: "Que se manifieste al M. N. y M. L. A. de esta ciudad, no ha podido ver este Gobierno con indiferencia y sin desagrado la inesperada, mezquina y vergonzosa contribución indicada, incompatible con el entusiasmo y generosa adhesión al Imperio Mexicano, de este vecindario, cuyos individuos de honor y carácter debieran estimular con el ejemplo, no sólo a esta ciudad capital, sino al resto de la Provincia, para solemnizar el acto más augusto y satisfactorio que jamás se ha presentado, cual es el poner el sello a la libertad que se debe al mejor de los héroes, el señor don Agustín 1.<sup>o</sup>, de cuya beneficencia en su Imperial Decreto de 9 de setiembre último, relativo a que no se emprendan mayores gastos en este particular, no es de abusarse para pasar al extremo de ridiculizarlo con la negra nota de que en tiempo de la esclavitud se hicieron los mayores sacrificios en iguales circunstancias: por tanto, y para que se verifique el juramento y proclamación del primer Emperador de México, con la posible majestuosa magnificencia en esta capital y demás pueblos en que debe hacerse, se trasfiere este acto para el grande día de la Encarnación de Nuestro Redentor Jesu-Cristo, vein-

ticinco de marzo inmediato, cuyo tiempo se considera suficiente, para que por los N. N. A. A. se tomen las medidas que basten para llenar este objeto de la mayor importancia; excitándose de nuevo al Venerable Clero, Cuerpo Militar y Noble vecindario, para que correspondiendo a sus deseos y liberales sentimientos, manifiesten su gratitud”.

El entusiasmo de que sólo el Gobierno daba señales, hizo que uno de sus individuos, el vocal Lic. don Rafael Barroeta, ofreciese cuarenta y dos pesos para la fiesta y manifestase su deseo de que ésta fuera el domingo 2 de febrero; pero se quedó el señor Barroeta con su deseo y luego reclamó la devolución de su dinero, porque la tal jura no pasó de proyecto.

---

3 de febrero de 1823

Se manifiesta en el Seno de la Junta de Gobierno, el recelo que se tiene de que el Intendente de León de Nicaragua, arrogándose facultades desconocidas, atente contra el régimen pacífico de esta provincia y comprometa su tranquilidad, con tanta mayor razón cuanto que el partido de Heredia “obra siempre bajo las órdenes de aquel Jefe”, y la Junta acuerda convocar a los pueblos por medio de los Ayuntamientos, “para que en cabildo abierto, enterados de la críticas circunstancias en que se halla el Reino, y que son trascendentes a esta provincia, di-

puten una o dos personas de su confianza y de concepto público, con poder bastante para tratar y resolver de acuerdo con este Gobierno, lo que en tales circunstancias parezca conducente para afianzar la quietud, seguridad e interés general de la provincia en su suerte futura", etc, y dicta medidas preventivas, tales como la custodia de las armas y pertrechos en cada lugar.

El Noble Ayuntamiento de San José, adelantándose en previsión al Gobierno, había comprado cuatro cañones y una culebrina que se hallaban en Puntarenas, en \$ 390, para lo cual abrió una suscripción popular, que produjo \$ 300, y solicitó de la Junta que tomara por su cuenta uno o dos cañones, a lo que accedió ésta el 4 de febrero, mandando cubrir la cantidad que faltaba.

En la sesión del 10 del propio mes, la Junta Gubernativa ordenó que se interceptara la correspondencia que pudiera haber entre Heredia y Cartago y Nicaragua. Entre las consideraciones consignadas en el acuerdo, están la de que el Gobierno de Nicaragua no omitía recursos para subyugar esta provincia, acerca de lo cual mantenía secretas inteligencias con el Ayuntamiento de Heredia, y la de "que al mismo tiempo el Ilustrísimo señor Obispo, con las mismas miras, por medio de varios eclesiásticos y otros enemigos desnaturalizados de la patria, induce al mismo fin",

Los documentos relacionados arrojan bastante luz y permiten comprender la situación de Costa Rica en General y de cada uno de sus principales pueblos en particular a principios de 1823. La guerra civil se preparaba: entre los republicanos y los monárquicos existía ya honda división; aquéllos iban a triunfar en las decisiones pacíficas, pero su triunfo, el de la República, debía ser sellado por la fuerza.

---

13 de febrero de 1823

Reúnense en la ciudad de Cartago los señores de la Junta de Gobierno con los señores Legados nombrados por los pueblos, para acordar las medidas conducentes a afianzar la quietud, seguridad e interés general de la provincia en su suerte futura," y da principio a sus trabajos esta especie de asamblea, encargando a tres de sus individuos la formación de un proyecto de medidas de seguridad.

Presentado el proyecto el día siguiente, procedió la Junta a discutirlo; no había pasado del artículo 2.º cuando llegaron noticias alarmantes: el Alcalde de Bagaces informó de que por un mozo venido de Nicaragua, «supo se decía que el Intendente de León caminaba con tropa para esta provincia», y que don Juan Dengo se hallaba en la hacienda del Bejuco, en jurisdicción de Bagaces. Desde luego dispuso la Junta la salida de tropa para la frontera de dicho pueblo, la detención del señor Dengo y de cualquiera otra

persona sospechosa, y su internación: lo que se cumplió respecto del mencionado señor. Muy pronto fueron suspendidos los trabajos de la Junta por sucesos de verdadera importancia. En la 5.<sup>a</sup> sesión, efectuada el 19 del propio mes, a la seis de la mañana, impúsose la Junta de los oficios de los Ayuntamientos de esta ciudad de San José y pueblo de Curridabat en que se le daba "parte de que habiéndose reunido un inmenso pueblo, de las siete a las ocho de la noche (del 18), se convocó a cabildo extraordinario, el cual reunido, se reconvino al pueblo a qué se dirigía aquella moción y vivas, y que a ello contestaron unánimes con vivas a la Religión Santa, al Gobierno de la provincia y su legados, y al Ayuntamiento, proclamando la República, asegurando ser el gobierno que quieren y sostendrán a todo trance, expresándose que esta moción fue hecha con entusiasmo y celebrada por el pueblo con músicas y salvas, por las calles", y de otro oficio del Ayuntamiento del pueblo de Tres Ríos en que le participaba que a las cuatro de la mañana del mismo día 19, se conmovió aquel pueblo, "proclamando reunido, con repiques y otras demostraciones, LA FEDERACIÓN DE LA PROVINCIA A LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, detestando cualquiera otro gobierno como el del Imperio", y acordó la Junta que, por no estar autorizados los Presentes Legados para resolver definitivamente sobre tales acontecimientos, se convocara a los pueblos a reunirse el 2 de marzo siguiente, en Cartago, por medio de Diputados Representantes, con amplios poderes, para que decidie-

sen lo conveniente, y recomendar a todos la conservación de "la armonía, fraternidad, unión y cordura que aconseja la sana razón, sin fomentar unos pueblos contra otros, invectivas, rencillas y enconos, que inducen a la discordia, que es el mal más espantoso entre pueblos y hermanos, que deben formar una sola familia", y a las autoridades que, mientras tanto, velasen por la tranquilidad y orden.

Gusto da leer esos documentos que prueban la buena fe con que procedían los gobernantes de Costa Rica, cuando ninguno se atrevía a traspasar los límites de sus poderes ni a atentar contra los pueblos con pretexto alguno. Entonces no se creyó subversivo el grito de ¡viva la República! lanzado por el pueblo josefino, grito que fue la señal de una evolución en las ideas de los costarricenses acerca de gobierno.

---

10 de Julio de 1823

Se reúne la Asamblea provisional de Costa Rica y declara unida la provincia de este nombre a las demás del reino que estaban representadas en el Congreso Nacional, declaratoria que fue confirmada por decreto de la Asamblea Nacional Constituyente de 4 de marzo de 1824.

---

28 de diciembre de 1824

Por decreto del Congreso Constituyente se dispone que en todos los pueblos del Estado, cualquiera que sea su población, haya Municipalidad, y se determina todo lo conducente al efecto.

Si esa disposición se hubiera mantenido; si los gobiernos hubieran respetado el derecho que tiene cada vecindario de entender en sus asuntos y manejarlos como le plazca; si el esfuerzo de los municipios no hubiera sido sustituido con la acción del poder central, a veces corruptor y siempre enervante; con miras desinteresadas o aviesas, tendríamos ya los costarricenses, con 77 años de experiencia, aptitud para el gobierno propio, y nuestras municipalidades serían vigilantes de las libertades públicas en vez de ser delegaciones del Poder Ejecutivo. Por eso los conservadores del despotismo han puesto especial cuidado en restringir el número de municipios, reuniendo varios en uno solo, y esclavizarlos so pretexto de una tutela innecesaria e incomprensible. En 1890, don Félix A. Montero, aquel compatriota nuestro que caminó siempre de cara al sol de la libertad, propuso la independencia de los municipios en su famoso proyecto de reformas a la Constitución; pero el proyecto fue empastelado con argucias abogadiles, porque era muy bueno y no convenía ni su discusión.

---

2 de noviembre de 1824

El Congreso Constituyente adopta el siguiente primer Escudo de Armas del Estado: "Un círculo de

cordilleras de volcanes denotando su posición y seguridad; en el centro aparecerá un brazo y tetilla izquierda descubiertos, en señal de que sus habitantes entregan su corazón a sus hermanos y consagran su brazo en defensa de la Patria. En torno del círculo se escribirá: *Estado Libre de Costa Rica*'.

---

11 de noviembre de 1824

El Congreso Constituyente, "considerando el mérito contraído por las villas de Heredia y Alajuela y poblaciones de Escasú, Bagaces y Barba, en la época presente", erige en ciudades las villas de "Concepción de Heredia" y "San Juan Nepomuceno de Alajuela", y en villas las poblaciones de "San Miguel de Escasú", "Concepción de Bagaces" y "Asunción de Barba", y dispone que el Poder Ejecutivo les libre el correspondiente título en papel sellado.

¿Se conservarán esos títulos?

---

---

Las cuatro grandes obras de la Administración Calderón Guardia: 1.º Las "GARANTIAS SOCIALES" contra los derechos del hombre.—2.º "EL CODIGO DEL OCIO".—3.º El impuesto sobre los pequeños salarios ("SEGURO SOCIAL"). 4.º El ponerle techo al POTRERO DE LOS GALLEGOS.

A punto de ser distribuido este cuaderno, me creo obligado a decir una palabra, así sea en el forro, respecto a la ovación política de que fue objeto en San José, el día 6 de febrero, don León Cortés Castro, candidato a la presidencia de la República. Fue dicha ovación asombrosa, dada nuestra carencia de medios de locomoción libres y la abierta hostilidad del Gobierno hacia el Sr. Cortés.

Los campesinos y los mejores elementos de las ciudades, se portaron admirablemente.

En el campo del Derecho ha triunfado pues, el candidato popular.

Por lo mismo, no son de extrañar feos sorpresas ulteriores.

*E. J. R.*